

SE SUSCRIBE  
en la administración,  
calle de los Caños, núm. 4,  
cuarto principal,  
izquierda.

Saldrá, lo ménos,  
cuatro veces al mes.

Número suelto:  
cuatro cuartos.



SUSCRICION.

MADRID.

Un trimestre, 6 rs.

PROVINCIAS.

Un trimestre, 8 rs.

ESTRANGERO Y ULTRA  
MAR.

Tres meses, 12 rs.

# LAS ANIMAS

PERIÓDICO JOCO-SERIO Y ALGUN TANTO REACCIONARIO.

## EL PRESUPUESTO DE LA REVOLUCION.

Segun el Dicciónario de la lengua, la palabra *presupuesto* significa: *el motivo, causa ó pretexto con que se ejecuta alguna cosa.*

Suponiendo, que no es poco suponer, que la revolucion de Setiembre haya sido *alguna cosa*, el presupuesto debe ser la causa de la revolucion de Setiembre.

*Sublata causa, tollitur effectus.*

Si el presupuesto no hubiese existido, la revolucion de Setiembre no se hubiera verificado.

Véase con cuanta razon la revolucion se resiste á castigar el presupuesto.

Todavía podemos deducir otra consecuencia.

La revolucion, para resarcirse de los gastos de la revolucion, es natural que contase con los ingresos del presupuesto.

Luego el presupuesto del Estado es el *por supuesto* de la revolucion.

Suponiendo ahora, porque todo es hipotético en este artículo, que la revolucion sea un pescador de caña, el presupuesto debe de ser el *cebo* que le sirve para atraer á los incautos pececillos.

El pez es un animal gloton.

Pero no hay pez de tantas agallas que sea por sí solo capaz de tragarse todo el cebo; es decir, todo el presupuesto.

Por eso hay que dividirlo en pedacitos, á los que podemos distinguir con el nombre de *credenciales*.

El pez es animal de mucho olfato.

Hablamos del pez político.

El pez político se alimenta, como los buitres, de carne muerta.

Apénas huele una cesantía, acude coleando en busca de una credencial, que devora con ánsia.

La revolucion lo pesca con el anzuelo del presupuesto. Pero se nos ocurre una duda.

Pescado es lo que se pesca, y pescador el que pesca.

La revolucion ha cogido un pez. Luego la revolucion es el pescador.

El pez ha cogido una credencial. Luego el pescador es el pez.

Corolario. La revolucion no sabe lo que se pesca.

La revolucion, sin ambargo, ha pescado magníficos peces con cebo de seis mil duros.

Un ballenato andaluz, en forma de Dios mitológico, coronado de pámpanos.

Un Washington . . .

Un Guzman, . . . . .

Un Beltran Claquin . .

Peces-espadas.

Un pez redondo, á manera de pulpo.

Un romero que huele á azufre. = Pez infernal.

Un redactor del antiguo *Padre Cobos*. = Género averiado.

Una Zorrilla. = Animal ruin.

El pez misterios. = Lobo marino.

Un sábio. = De la familia de los atunes.

Una pantera de Jaba. = Animal hermoso por la variedad de sus manchas.

Dos Conchas vivas con bicho dentro.

Y una famosa coleccion de tiburones.

Tiene además el presupuesto una porcion de *lapas* agarradas á las entrañas, y bullen á su alrededor una infinidad de *boquerones*, capaces de tragarse veinte presupuestos.

Presupuesto tambien, segun el diccionario, es el *cálculo anticipado del costo que puede tener una obra ú otra cualquier cosa.*

Nálie ha puesto hasta ahora en duda que la revolucion sea una obra. Pero todos hemos convenido en que es una obra de destruccion.

La revolucion, como el huracan y como el fuego, destruye sin edificar.

Pero para destruir se necesita gastar y para gastar es indispensable presupuestar.

Examinémos el presupuesto de la revolucion.

Para hacerla ha sido necesario sublevar la marina de guerra.

Contar con la traicion de varios Generales, que juraron sobre la cruz de sus espadas defender el trono de su Reina.

Valerse de la perfidia de otro General, que siguió á la Corte como el buitre al cadáver, tal vez con ánimo de *cortarle la retirada*.



Que este mismo General, en cuyas manos depositó su Reina la corona, diese orden al General Paredes para abrir paso por entre las filas de sus leales tropas, *no vencidas*, al *vencedor de Alcolea*.

Que á los Capitanes Generales de los distritos militares se les dijese que estaba *completamente perdido* lo que no se *quería* defender, y se supusiese la sublevación de plazas y capitales que permanecían fieles á su deber.

Que el pueblo, por último, recogiese del suelo la corona que dejó caer de sus manos el ilustre Capitan General D. José de la Concha, Marques de la Habana y Grande de España de primera clase.

Los simples, pues, de la revolución han sido;

La deslealtad,

La traición,

La perfidia,

La ingratitud,

El dolo.

Disuélvanse estos simples en un puñado de oro de Cain y amátese todo con la sangre de Alcolea y se obtendrá el jabón que ha servido para lavar la honra de España.

La deslealtad, la traición, la perfidia, la ingratitud, el dolo, el oro de Cain y la sangre de Alcolea, son las partidas del *presupuesto* de la revolución.

¡¡Que revolución, ánimas benditas!!!

### OTRA MANIFESTACION.

El domingo último presencié Madrid uno de esos espectáculos gratis y al aire libre que tanto se han repetido desde el triunfo de la *gloriosa admirable y santa* revolución de Setiembre.

El mundo que nos mira de hito en hito, como hace algun tiempo decía de si mismo un famoso poeta contemporáneo, se habría quedado aún mas estupefacto y boquiabierto contemplando la magestad sublime del *pueblo rey*, á serle dado ver por sus propios ojos los elementos componentes de la pacífica manifestación empezada y concluida junto al monumento del Dos de Mayo.

La descoronada villa del oso, cuyo blason parece ser el de toda España desde que empezó á regenerarnos y dignificarnos la sublevación de Cádiz, va dando cada dia mejores muestras de los saludables frutos que aquí produce el árbol de la libertad. Aunque no del todo maduros, los que el poder ejecutivo está llamado á recoger de las manifestaciones efectuadas al grito de *jabajo las quintas! Viva la república federal!* son ya bastante sabrosos.

El derecho de reunión, derecho *absoluto é ilegible*, es una de las mas preciosas conquistas que debemos á los generales libertadores. De este derecho se deriva el de hacer manifestaciones públicas, siempre que se crea conveniente. Estas manifestaciones serian ineficaces, si sus fautores no aprovecharan en ellas la ocasión de ilustrar y doctrinar al pueblo (por lo comun sencillo y desprevenido), arrastrándolo á menospreciar la religion, á tener en poco la justicia, á pisotear las leyes, á desgarrar el corazon de la patria, si así cumple al interes ó al fanatismo revolucionario de los audaces tribunos.

No hay que forjarse ilusiones: lo que el domingo presencié Madrid, lo que ha sucedido en otras poblaciones con motivo de la cuestión de quintas y matrículas de mar, es consecuencia inevitable de las premisas sentadas por el llamado gobierno de la revolución.

Grotesco prólogo de un drama sangriento, la manifestación contra las quintas, vista por la superficie, no era sino irrisoria mojiganga; vista por dentro era algo mas: era el principio de la terrible expiación que aguarda á los iniciadores y farautes de la *regeneración* de España, y lo que es peor, una amenaza, que ha empezado desgraciadamente á cumplirse, contra la paz y el bienestar de los pueblos.

¿Qué creiais, señores generales libertadores? ¿Creiais que el veneno que esparcisteis para poder acabar con un trono á cuya sombra casi todos lográsteis más, mucho más de lo debido á vuestros

merecimientos, no habia de emponzoñar al cabo la atmósfera que respiráseis? ¿Creiais que al ascender por tal camino, al usurpar el poder supremo, la fiera que desatasteis seria para vosotros menos cruel que lo fuisteis con vuestra Reina, con vuestra noble vendida bienhechora?

¡Oh providencial castigo! El valiente Serrano, el bravo Prim, el leal y valeroso Topete, condenados á ver y oír desde el balcón de Pilatos de la Presidencia del Consejo, lo que ninguna autoridad que lo sea puede oír ni ver con indiferencia, sin hacerse cómplice de la anarquía, sin estar moralmente por el suelo.

Y lo peor del caso es que el orador republicano que los apostrofaba tan duramente desde el centro de la calle de Alcalá, acusándolos de faltar á sus promesas, tachándolos de traidores á la revolución era mucho más lógico que los señores que hoy anatematizan y condenan el derecho de insurrección, despues de haber trastornado el pais para hacerse dueños del poder, desorganizándolo todo á la sombra y por virtud de ese pretendido derecho.

La manifestación del domingo, insignificante por el número y calidad de la mayor parte de los manifestados; ridícula á más no poder por sus accidentes exteriores, fué de suma gravedad como sintoma, y de funesto ejemplo por las cosas que se dijeron en ella.

A pesar de lo simpático que debía ser el objeto para los que tienen hijos y no quieren verlos convertidos en soldados, la concurrencia de manifestantes fué escasa, quizá porque lo de las quintas más que otra cosa era un pretexto para desatarse por espacio de largas horas en vilipendio de la autoridad constituida, para hacer odioso á las turbas el ejército permanente, para predicar á los soldados (que lo escuchaban en gran número) la insubordinación contra sus gefes, en una palabra, para sacar las consecuencias inevitables de los principios que han servido de bandera á los principales fautores de la revolución, y que hoy quisieran borrar, despues de haberlos practicado para conseguir sus fines.

«Si el gobierno os llama, no vayais; si os pide hombres, no le deis hombres; si os pide dinero no le deis dinero; si el gobierno y las Cortes no hacen lo que vosotros quereis, apelad á las armas contra las Cortes y el gobierno; sobre la autoridad de uno y otro está la voluntad soberana del *pueblo rey*.»

Así clamaban junto al venerable monumento del Dos de Mayo, con aplauso de la multitud que los oía, los oradores todos de la manifestación del domingo.

«¡El derecho de insurrección es un derecho sagrado!» gritaban como energúmenos, desde el escolar imberbe, hasta el diputado encanecido que lleva en su manga dos entorchados; y el pueblo, aprovechado discípulo, manifestó que habia aprendido pronto la lección, levantando barricadas en Jerez de la Frontera.

El caballero Topete, el caballeroso Serrano, el caballerísimo Prim, de la raza de los Guzmanes, deben estar satisfechos de su obra. Al grito de *viva España con honra!* va contestando ya la nación entera con el de *viva España convertida en merienda de negros!*

#### SEGUIDILLAS LIBERALES. (1)

Andan las libertades  
Por escs mundos,  
Dando cada trancazo  
Que canta el credo.

Pero la gente,  
Oye el himno de Riego,  
Y está contenta.

Los ministros se agarran  
A un enlucido

(1) No sugetamos estas seguidillas á la atmósfera de la rima, por que en la biendo armonía ya no son liberales.



Mas los repbublicanos  
No se descuidan.

Y en tanto Antonio  
Con el Sr. Santana  
Se dá á los diablos.

Cuando el Guzman de pega  
Alza la pata,  
Dicen los diputados:  
¿Que será esto?

Y el pobre alcalde  
Piensa que para él solo  
Son esos tragos.

Por la calle abajito  
Vá Ruiz Zorrilla:  
No le hables de fomento,  
Que no lo entiende.

Háblale en tonto  
Y veras como dice:  
*Me dá la gana.*

Asi camina España  
Con tal donaire,  
Con el can-can político  
Que nos menea.

¡Anda, salero!  
Que á este paso, señores,  
Se vá á la glória.

#### ALTAS Y BAJAS.

Las altas y bajas en el servicio, *meramente políticas*, no merecen elevarse siquiera á la altura del agua de cerrajas.

Si las precede un juicio y un fallo condenatorio, aun cuando los hechos penados se quieran bautizar con el nombre de políticos, que algunas veces no suelen serlo por mas que se pretenda sostener que lo son, ya dejan alguna mancha en la honra.

Y como la tela de esta es de las que no admiten bien el lavado, el trapo se queda sucio, y no hay más consuelo que victorear la honra y hablar mucho de ella, para ver si se la suponen al victoreante algunos cándidos, que no serán muchos.

Si el que sirve al Estado (y mas con las armas, cuya carrera brilla principalmente por el honor que exige en los que la profesan) tiene la desdicha de que le haya tiznado el fallo ejecutorio de un Tribunal ordinario y por un delito ó falta comun, ese que no descubra jamás su frente.

La sentencia es el hierro que la sociedad pone en la frente de los criminales, para que los hombres honrados los conozcan y se aparten de ellos.

Son tan rudimentales estos principios que no los puede desconocer un niño acabado de salir de la escuela.

No se extrañe, sin embargo, que principiemos sentándolos, por que nos hemos propuesto hoy no ocuparnos mas que de perogrulladas como las expuestas, ó de cosas de poquísima importancia.

Y, como el prototipo de lo último, nos saltan á la vista las bajas en el Estado mayor de el ejército de los señores Generales Cheste, Calonge y Gasset.

¿Darán mucha importancia estos Señores á las tales bajas? Creemos que bien poca y tanta menos, cuanto que las cosas se toman como de quien vienen.

Y no vaya á imaginar el respetable Sr. Ministro de la guerra que, al aplicar esa frase comun, pretendemos faltar á S. E., en lo mas mínimo.

Si la frase exige alguna explicacion la daremos mas pronta y completa que la que el Diputado republicano Sr. Garcia Lopez dió á la palabra «*iniciuos*»

Bastarnos debiera llamar «*ominosos*» á los actos del Sr. Prim de que nos vamos ocupando, pues hemos visto que esta palabra calma á todo el Gobierno y á la mayoría de las Cortes, justamente irritados; pero nuestra satisfaccion será mas explicita.

Queremos decir que como el Sr. Prim ha sido tantas veces dado de alta y baja en el ejército y las consecuencias han sido cosa de broma para S. E. cuando no título de alta recompensa, como recientemente el entorchado con que le ha favorecido el Gobierno de que tan principal parte forma, el Señor Prim ha podido dar de baja á los Señores Cheste, Calonge y Gasset, sin pensar irrogarles la menor ofensa, antes hacerles un servicio, y de los robustos.

Muy posible es que á dichos Señores no les parezca lo mismo y que se les ocurra replicarnos: «Poco importa que el Sr. Prim no tenga cabal idea del agravio inferido á personas tan leales; á nosotros nos ofende como nos ofendería el que en un camino, sin mas motivo que el cambiar de fortunas, sin derecho, ni aun conciencia de la gravedad de la injuria, unos malhechores nos hubieran sorprendido y abofeteado.»

Permitidnos, Señores Generales, rechazar el argumento en cuanto á lo de malhechores; sería demasiado atrevimiento en nosotros admitir tal palabra, ni aun por via de comparacion.

Por lo demas, si os creéis agraviados, expedita teneis la apelacion para ante el Tribunal Supremo de Justicia.

El Sr. Calonge lo reconoce, y en *El Siglo* ha indicado su propósito de pedir al mismo la reparacion de su agravio.

Y el Tribunal Supremo no gasta bromas: sus fallos *verdaderamente* se cumplen, *cueste lo que cueste*.

Y lo mismo alcanzan al último paisano, que al mas encopetado General. Por una casualidad hemos tropezado con un papel viejo que lo acredita.

Es copia de la sentencia ejecutoria del expresado Tribunal, por la que á un General Gobernador de Puerto Rico se le condenó á sufrir la grave pena, la pena *aflictiva* (artículo 24 del código penal) de tres años de *inhabilitacion* para obtener cargos públicos en Ultramar, un fuerte apercibimiento para que en lo sucesivo arreglase su conducta á las leyes, y las costas.

La sentencia tiene la fecha del 2 de Junio de 1851.

El penado suplicó; pero en 4 de Enero de 1852 se desestimó la súplica y se le condenó tambien en costas, quedando el fallo ejecutoriado.

Y el *infeliz rematado* no tuvo mas remedio que sufrir las tres penas impuestas.

*Rematado* se llama técnicamente el condenado á una pena por sentencia firme. *Infeliz* el que merece compasion. *Compasion* merece el que se coloca bajo la vara de la justicia: un principio antiguo dice «*Odia el delito y compadece al delincuente.*»

Y es lo particular que, aunque borroso á punto de estar casi ininteligible en la citada copia, parece que el nombre del penado es D. Juan Prim.

Nosotros somos muy niños y no podemos recordar quien desempeñó en Puerto Rico por aquel tiempo el primer mando *civil y militar*; pero no podemos creer que el sentenciado fuera el actual Sr. Prim: sería, á lo mas, otro General de igual nombre.

Si creyéramos lo contrario, no sacaríamos el hecho á plaza.

Y tenemos para opinar así gravísimos fundamentos.

1.º Que un liberal, y menos todavía una autoridad liberal no podia haber eje *utado* lo que no se atreverá á hacer un Bajá del Riff.

Nada, poca cosa; mandar matar al ciudadano Ignacio Avila, en plena paz sin estado de sitio, sin la menor jurisdiccion ni motivo siquiera en que apoyase su competencia; en una palabra *por un mero acto de la mas despótica voluntad*.

Y desatendiendo las amonestaciones que, con arreglo á las leyes de Indias, le hizo la Audiencia *en persona*, para que no llevase á cabo tal delito.

No hacia tanto D. Pedro el Cruel.

2.º Que el actual Sr. Prim sabemos por los periódicos que aspira á la Grau Cruz de S. Hermenegildo, la cual no puede concederse á un *condenado*.

3.º Que aquella sentencia *no parece que se publicó en la gaceta*, como es de ley que se publiquen todas las de su clase y como ademas exigia su singularidad, pues no recordamos otra que haya impuesto á una autoridad *pena aflictiva* y por un *homicidio cualificado*.

El Tribunal Supremo pasó el testimonio de la sentencia, al efecto de su publicacion, al Ministro de Ultramar en Enero de 1852 y en Febrero lo hizo este al Ministerio de la Guerra, *donde el fallo se debió quedar traspapelado*.

A ser esto intencional, que no lo suponemos pues preferimos creerlo efecto de un olvido, indicaría gran favor con la situacion de 1852, que presidía el Sr. Bravo Murillo.

¿Como había de ser posible que aquellos violentos reaccionarios, tan combatidos por los liberales, teniendo en la mano ocasion, dentro de su imprescindible deber, de poner en evidencia á un progresista del calibre del Conde de Reus, no hubiesen mandado el fallo á la gaceta, ni como el Conde había de pedir tal gracia á sus enemigos?

Pues lo cierto es que en las gacetas el fallo no parece.

No hay pues duda de que el *rematado* fué otro General.

Pero fuera el que fuera, esto no hace al caso y sentimos haber divagado tanto con tan inoportuna digresion.

Toda ella no ha tenido otro objeto que el de probar que á los pies del Sólido de la justicia se estrella el poder político y no deslumbra el brillo de los entorchados.

Con esa confianza, pues, podeis señores Cheste, Calonge y Gasset llevar vuestra apelacion al Tribunal Supremo de justicia.

Que en vosotros *se ha conculcado un derecho*, al privaros de vuestra alta gerarquia en el ejército, sin oiros y vencedos y por un mero acto ministerial lo dicen las leyes y lo dice el sentido comun. ¿Por ser militares no sois ciudadanos? El derecho al juicio, el derecho á la audiencia antes de sufrir una pena ¿no es uno de los *imprescriptibles é ilegislables*, y acaso el primero, segun el tecnicismo liberal?

¿No se ha obrado con vosotros lo mismo que con el asesinado D. Ignacio Avila?

La sala contenciosa del Tribunal Supremo es hoy la llamada á admitir por sí la demanda, art.º 8.º del Decreto del Gobierno provisional de 22 de noviembre último.

En única instancia falla, y su sentencia, sin consulta alguna, es ejecutoria, art.º 10 del mismo.





Os conceden el derecho á esa apelacion los arts. 46 y 56 de la ley de 17 de Agosto de 1860, el 7.º del R. D. de 19 de Octubre de 1860, y la 2.ª parte del 1.º del Reglamento de 30 de Diciembre de 1846, cuyo último extremo está ya derogado, pues es la Sala la que admite las demandas.

Estais en tiempo hábil, pues para apelar os conceden seis meses, desde que os conste el agravio, los R. D. de 21 de Mayo de 1853, art.º 3.º, y 20 de Junio de 1858, art.º 14.

Y lo mismo se puede apelar del Ministerio de la Guerra que de cualquier otro, conforme á la legislacion y jurisprudencia. El art.º 14 del citado R. D. de 20 de Junio de 1858 dice «Serán obligatorias para todos los Ministerios (no hay escepciones, vease bien) y aplicables á las resoluciones de los mismos las disposiciones dictadas respecto del de Hacienda en Mi R. D. de 21 de Mayo de 1853.»

Forman la Sala jueces tan probos, tan entendidos, tan independinetes, honor de la toga, ante cuyo brillo la revolucion se ha deslumbrado sin atreverse á tocarlos, como los Zúñiga, Huet, Morales, Herreros de Tejada, Montalvo, Alvarado y Bastida.

¡Algun consuelo, alguna garantía nos había de dejar la golosa de Setiembre! Cuanta garantía de justicia cabe en el mundo la ofrecen esos respetabilísimos nombres.

De ellos la podeis obtener, si no es que preferís dejarla á Dios. El la ha de hacer pronta y cumplida, cuando el día llegue, sin que tengamos necesidad de pedirle las víctimas de la irrupcion que nos domina.

### LA MENTOS, LLAMARADAS Y CABOS SUELTOS.

Dijo el Sr. Rubio en las Cortes, *por estar bien enterado*, que de los cuatro millones, producto de los cobres vendidos por la junta de Sevilla, uno se había remitido á Riotinto.

Mélio llegó: el otro mélio se quedó *trasconejado*.

Ya se sabe que el conejo es el símbolo de la España con honra.

Ya apareció el Bruto.

Su aparicion la ha hecho en la Coruña.

En la *solemne manifestacion* contra las quintas un regidor del Ayuntamiento llamó *indignos* de ser concejales á los que quisieren llevar á cabo la capitacion y las quintas. Y añadió que *el sería el primero que se levantaría para asesinar al compañero que lo votase*.

¡Digo si este Bruto será capaz de clavar el puñal en el seno del César Montpensier, si llegara á verle coronado!

Razon tenía el Sr. Pierrard en contar con tales Brutos.

Los Ayuntamientos liberales siguen *cinchándose* con la taja tricolor.

Lo que no admiten es *freno*. Eso no debe ser cierto, pues nos consta que no cesan de llevar el *bocado* á la boca.

Nosotros al verlos *cinchados* les damos la *cabezada*.

El Sr. Castelar desafió al gobierno envuelto en su honrada toga.

Y la golosa de Setiembre le ha vuelto con bombo la toga que perdió.

El Sr. Pierrard con sus dos enterchados, el 2.º don de la *golosa* y el 1.º que ántes había perdido, devuelto por la misma, sostiene y acepta la responsabilidad de sus palabras, vertidas, rociadas, escupidas en la manifestacion de las quintas.

Esas palabras, dejando aparte la de *ladron*, estaban reducidas á que el ejército no debía obedecer á sus jefes, que no se necesita ejército, que no se debe cumplir lo que legisle el Congreso Constituyente.

Puesto que el Sr. Pierrard no tiene hoy entorchados que devolverle, esperamos se le ponga en la bocamanga el tercero.

Si V. le tiene, Sr. Prim, ¿porqué no lo ha de tener el Sr. Pierrard?

Un Consejo de guerra que juzgara el hecho, ceñido á la ordenanza, también elevaría al autor á un *alto puesto*.

El Sr. Posada Herrera, Embajador extraordinario electo, y no logrado acreditar cerca de la Santa Sede, siguiendo el ejemplo de D. Simplicio Majaderano respecto de la mano de D.ª Leonor, ha renunciado generosamente la embajada, alegando incompatibilidad con la Diputacion á Cortes. No habrá que añadir que le ha sido admitida.

¡Famosa embajada ha sido la del Sr. Posada Herrera!

Tu dinero te cuesta;

Mas quizá, en breve,

Consigan prepararle

Régio pesebre.

Bien, Anton, subes;

Si no es que ántes el viento

Barre la nube.

El teatro ha ganado mucho con la gloriosa.

Antes soliamos decir «¡Manchego! Guarda la capa»

Hoy se ha sustituido así. «¡Can-can! No lleves á tus hijas.

Mientras que sus proyectos

Votan las Cortes,

No extrañe el Ministerio

Que el pueblo *bote*.

El esperando

Está á que el tiempo vaya

También *botando*.

De su paciencia el vaso

De *bote en bote*,

No espera nada bueno

De lo que *voten*.

Botáros pronto

Es lo que á Dios pedimos

Con nuestros *votos*.

¡La restauracion imposible!

¿Vale el general Serrano lo que Cronwell?

¿Vale lo que Napoleon 1.º?

Carlos II y Luis XVIII se sentaron en el trono de sus mayores.

Una revolucion impía, en días nuestros, abatió el Sólido Pontificio.

El Vicario de Jesucristo salió de Roma disfrazado de lacayo en la trasera de un coche.

Desde un reino amigo, pero temporalmente extranjero, vió las turbas enseñoreadas del Capitólio.

La cristiandad lo sufrió corto tiempo; pero despertó y puso en su Sólido al Rey de Roma.

Y en Roma sigue: á sus pies se estrellan la saña revolucionaria y la codicia de la Italia.

Dios le repuso, Dios le sostiene y Dios le defenderá, valiéndose de la mano que Le plazca.

La legitimidad en política suele valer tanto como en la naturaleza la ley física de la gravedad de los cuerpos.

### LA MONA.

Una mona de un nogal

Cojer quiso una nuez verde:

Y, aunque en la cáscara muere,

Lo que la supo muy mal,

La cáscara el animal

No halló mélio de romper.

Así también se ha de ver

Corrido como una mona,

Quien piensa que su corona

España le ha de vender.

¿Que libertades ha ganado el estudiante con la libertad de enseñanza?

La de hacer novillos, no estudiar cosa alguna y perder el curso.

Como hay libertad de garitos, goza ademas de la libertad de aprovecharse de ella.

### ULTIMA HORA.

Sonando un bolsillo, bailando el can-can,

Los dos pretendientes se vienen y van:

Que mas de un Rey tiene, ya Prim nos ha dicho;

Tocad los timbales, que ya sale el bicho.

Imprenta de ENRIQUE DE LA RIVA, calle del Barquillo, núm. 15, bajo.